

críticas desde la posición "post-sovietica",
Siglo del Hombre Ed., Universidad de los
Andes, Colombia, 1997.

4

SEXO, MENTIRAS Y ESFERA PÚBLICA

Reflexiones en torno a la confirmación de Clarence
Thomas por el Senado de los Estados Unidos

La fabricación de la opinión pública imperante es, principalmente, una cuestión rutinaria; un problema de expertos y no de legos. Sin embargo, en ocasiones ocurre algo que hace explotar los circuitos profesionales habituales en los que se fabrica la opinión pública, que da lugar a un amplio e intenso debate público. En tales momentos, se cristaliza algo semejante a la participación masiva y, al menos por un instante, sentimos la posibilidad de una fuerte esfera pública política. No obstante, esta experiencia es típicamente compleja. Las intimaciones de democracia se adornan de demagogia y exclusión, que la brillante luz de la hiperpublicidad pone en agudo contraste. Estos momentos pueden, por consiguiente, tener un valor diagnóstico importante. Hacen visibles de manera escueta las estructuras de desigualdad y las prácticas de poder que deforman el proceso de fabricación de la opinión pública en tiempos normales, de manera menos evidente pero más sistemática¹.

Uno de estos momentos fue la confrontación, en 1991, originada por la confirmación de Clarence Thomas como ma-

1 La investigación para elaborar este capítulo fue apoyada por la Newberry Library, el National Endowment for the Humanities y el American Council of Learned Societies. Agradezco sus provechosos comentarios y conversaciones a

magistrado de la Corte Suprema de los Estados Unidos. Esta confrontación, en la que se combinaron destellos de participación democrática con prácticas de restricción estratégica, suscitó de manera dramática y aguda interrogantes clave acerca de la naturaleza de la publicidad contemporánea. No fue solamente una batalla por la opinión pública en una esfera pública ya constituida. Por el contrario, lo que estaba en juego era el significado mismo y las fronteras de lo público. Más aún, la forma como se desenvolvió el enfrentamiento dependió, en cada punto, de quién detentaba el poder para trazar la línea entre lo público y lo privado. Como resultado de lo anterior, el "asunto Clarence Thomas" (*the Clarence Thomas Affair*) puso en evidencia los obstáculos fundamentales que enfrenta lo público en nuestra sociedad. Al mismo tiempo, puso en evidencia las deficiencias del modelo liberal clásico de la esfera pública, revelando que las interpretaciones comunes del término público son ideológicas.

¿LA PRIVACIDAD DE QUIÉN? ¿QUÉ PUBLICIDAD?

Recordemos las circunstancias. En 1991, Clarence Thomas, un conservador negro, fue nominado por George Bush como magistrado de la Corte Suprema. Como antiguo director de la Comisión Federal para la Igualdad de Oportunidades de Empleo (Federal Equal Employment Opportunity Commission: EEOC), Thomas había liderado la transición hacia la era posterior a los derechos civiles (*post-civil-rights-era*), reduciendo los intentos de esta agencia gubernamental de aplicar las leyes que prohíben la discriminación. Como era de esperar, esta nominación a la Corte fue rechazada por los círculos liberales, feministas y por los defensores de los derechos civiles. No obstante, las organizaciones negras estaban divididas; muchos vacilaban en adoptar una posición en contra del hombre que probablemente sería el segundo magistrado afroamericano de la Corte Suprema en la historia de los Estados Unidos. Durante las audiencias de confirma-

Laura Edwards, Jim Grosseman, Miriam Hansen y Eli Zaretsky. Susan Reberby compartió generosamente conmigo algunas ideas de la introducción que escribió, junto con Dorothy Helley, para el libro que editaron conjuntamente, *Gendered Domains: Rethinking the Public and the Private in Women's History*, Ithaca, Cornell University Press, 1992.

ción programadas ante el Comité del Senado para lo Judicial (*Senate Judiciary Committee*), Thomas minimizó su currículo, su 'raza' y sus puntos de vista políticos y constitucionales; enfatizó, en cambio, su origen humilde y su posterior triunfo sobre la adversidad. Cuando terminó la audiencia y se procedió a la votación del Senado, todo parecía indicar que ganaría su confirmación... hasta que fue acusado públicamente de acosar sexualmente a una de sus antiguas subordinadas en la EEOC.

Luego, durante varias semanas, el país entero permaneció en suspenso mientras el Comité para lo Judicial investigaba las acusaciones presentadas por Anita F. Hill, una profesora de derecho negra quien, en los años ochenta, se había desempeñado como asistente de Thomas en la Comisión Federal para la Igualdad de Oportunidades de Empleo. Hill acusó a Thomas de haberla acosado sexualmente en el trabajo, en repetidas ocasiones durante este periodo, presionándola para que aceptara sus citas (a pesar de sus repetidas objeciones— las películas pornográficas que había visto y jactándose del tamaño de su pene y de sus habilidades como amante, a pesar de sus súplicas por que dejara de hacerlo. En aquel momento, ella no presentó ninguna queja formal. La agencia gubernamental que atiende este tipo de quejas es la Comisión Federal para la Igualdad de Oportunidades de Empleo, en aquella época dirigida por Thomas, el lugar mismo donde Hill afirmaba que había ocurrido el presunto acoso. Para cuando sus acusaciones se ventilaron públicamente, en 1991, la Corte Suprema de Estados Unidos ya había conceptualizado que el acoso sexual es una forma de discriminación en razón de sexo, declarada ilegal según las leyes que protegen los derechos civiles.

Thomas negó categóricamente las acusaciones de Hill. Sin embargo, el asunto ya se había hecho público. El Senado, inclinándose ante la intensa presión del público, retrasó la fecha prevista para el voto de confirmación, para realizar una segunda ronda de audiencias televisadas, sin precedentes, ante el Comité para lo Judicial sobre las acusaciones de acoso sexual. Después de estas audiencias, el Senado, por el margen más estrecho que se ha dado en este tipo de votaciones, confirmó el nombramiento de Thomas en la Corte Suprema.

Pocos dramas han fascinado de igual manera al país. En todas partes, las personas pusieron a un lado sus actividades habituales para ver las audiencias y debatir los asuntos presentados en ellas. En todas partes, las personas discutían apasionadamente acerca de si era Thomas o Hill quien mentía. Los programas de radio fueron bombardeados con llamadas, entre ellas las de mujeres que alegaban haber sido acosadas sexualmente en el pasado, pero no habérselo dicho a nadie por vergüenza. Los periódicos se llenaron de artículos de opinión que representaban a todos los bandos del debate. Era difícil encontrar un resquicio de la vida donde la conversación no girara en torno a Clarence Thomas y Anita Hill.

En síntesis, fue uno de aquellos raros momentos en la vida de los Estados Unidos en los que se puso en evidencia una esfera pública de vivaz pugnacidad. Me refiero a una esfera pública en el sentido habermasiano de un espacio donde se genera la opinión pública a través del discurso; donde los miembros del público debaten asuntos de interés común, buscando convencer a otros mediante razones, y donde la fuerza de la opinión pública incide en la toma de decisiones gubernamentales².

En efecto, el asunto de Clarence Thomas parece a primera vista un ejemplo perfecto de la esfera pública en acción, apropiado para un libro de texto. Las audiencias sobre las acusaciones de Hill, realizadas ante el Comité del Senado para lo Judicial, parecían constituir un ejercicio de publicidad democrática, tal como la entiende el modelo clásico liberal de la esfera pública. Las audiencias permitieron el escrutinio público de un aspecto del funcionamiento del gobierno: el de la nominación y confirmación de un magistrado de la Corte Suprema. De esta manera, sometieron la decisión de los funcionarios oficiales a la fuerza de la opinión pública. De hecho, a través de las audiencias se constituyó la opinión pública y se hizo incidir directamente en la decisión, afectando el proceso mediante el cual se adopta tanto como su resultado sustantivo. Por consiguiente, los funcionarios oficiales se hicieron responsables ante el público a través de un proceso discursivo de formación de opinión y voluntad.

2 Véase Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, op. cit.

No obstante, un examen más cuidadoso revela que estos acontecimientos niegan el modelo liberal clásico de esfera pública. Tal modelo supone que el significado y los límites de lo público y lo privado están dados de antemano y son evidentes por sí mismos.

Sin embargo, la confrontación entre Thomas y Hill fue ante todo una confrontación en torno al significado y fronteras de estas categorías. Los antagonistas disputaban acerca del lugar preciso donde debía trazarse la línea que separa lo público de lo privado. Y el resultado dependía de quién detentaba el poder para aplicar esa línea y defenderla.

Estos problemas estaban implícitos en muchos de los asuntos que fueron explícitamente debatidos: ¿cómo debería interpretarse el levantamiento de la reserva inicial, del 6 de octubre de 1991, respecto de las acusaciones que Hill había comunicado de manera confidencial a los miembros del Comité para lo Judicial? ¿Se trató de una filtración a la prensa destinada a torpedear la nominación de Thomas y, por lo tanto, de una violación evidente del debido proceso y la confidencialidad? ¿O fue más bien un acto heroico de revelación de un atroz encubrimiento? ¿El hecho de que Hill no hubiera formulado públicamente sus acusaciones antes del 6 de octubre hacía más dudosa su historia o era consistente con ella? ¿El comportamiento que Hill le atribuyó a Thomas debería considerarse como una inocente camaradería o como un abuso de poder? ¿Dicho comportamiento es "normal" o "patológico"?

Más aún, ¿tienen las mujeres posiciones diferentes a las de los hombres respecto de lo privado y lo público? Los esfuerzos por socavar la credibilidad de Hill, por parte de quienes apoyaban a Thomas, ¿constituían una condenable invasión de su privacidad, o bien un ejercicio apropiado y vigoroso del escrutinio público? ¿Hubo diferencias importantes en cuanto a la capacidad respectiva de Thomas y Hill de definir y defender su privacidad?

La subsiguiente introducción del tema de la 'raza' por parte de Thomas, ¿fue tan sólo una cortina de humo, o bien el que se acordara que un tribunal formado sólo por blancos dirimiera, frente a las cámaras, una disputa entre dos afroamericanos, evidenciaba la existencia de diferencias étnico-raciales reales frente al tema de lo privado y lo público? ¿Es el "acoso sexual" un invento de la febril imaginación de las

feministas de élite, puritanas y reprimidas sexualmente, o un instrumento de poder de género, 'raza' y clase? La posibilidad que tuvo, en este caso, un hombre negro de defender su privacidad ante un público dominado por blancos, ¿representa un logro para su 'raza' o un retroceso para las mujeres negras?

¿Las audiencias mismas constituyeron un circo indecoroso en el que se degradó el proceso democrático, o fueron un ejercicio único de publicidad democrática, una "lección a nivel nacional sobre el acoso sexual"? El transmitir por televisión audiencias públicas sobre el cargo de acoso sexual, ¿representa otro desafortunado caso de la obsesión estadounidense por las vidas privadas de las figuras públicas, obsesión que convierte el debate político real en un problema de "personalidad"? ¿O fue más bien un avance histórico en la continuada lucha por lograr un equilibrio más equitativo entre lo privado y lo público en las relaciones sociales?

Por último, ¿se entiende mejor lo que es la publicidad democrática si se la interpreta como un control del poder público del Estado, o debe ser comprendida de manera más amplia como un control dirigido también contra el ejercicio ilegítimo del poder privado? Y ¿cuál es la relación entre los diferentes públicos que surgieron allí: la esfera pública oficial dentro del Estado (las audiencias); la esfera pública no gubernamental conformada por los medios de comunicación; diversos contra-públicos asociados con movimientos sociales de oposición como el feminismo, y con enclaves étnicos como la comunidad afroamericana (la prensa feminista, la prensa negra); diferentes asociaciones secundarias activas en la formación de la opinión pública ("grupos de interés" y cabildeos); la formación efímera, pero intensa, de esferas públicas informales en diversos lugares de la vida cotidiana (en los lugares de trabajo, los restaurantes, las universidades, las esquinas de las calles, los centros comerciales, las casas privadas, dondequiera que las personas se reunían a discutir los acontecimientos)? En cada uno de esos espacios públicos, ¿de quién eran las palabras que contaban dentro del conflicto de interpretaciones que determina la historia pública oficial de lo que "realmente ocurrió"? Y ¿por qué?

Detrás de todas estas preguntas habría dos problemas más generales que se centran en el poder y la desigualdad: ¿quién tiene el poder para decidir dónde debe trazarse la li-

nea entre lo público y lo privado? ¿Qué estructuras de desigualdad subyacen a las comprensiones hegemónicas de estas categorías, así como a las luchas que las confrontan?

LA CONFRONTACIÓN DE GÉNERO

La primera fase del conflicto asumió la forma de un conflicto de género, que puso en evidencia importantes asimetrías respecto de lo público y lo privado. No se trataba de las ortodoxias habituales en una etapa anterior de la teoría feminista, que rechazaban el presunto confinamiento de las mujeres a la esfera privada y su ausencia de participación en la esfera pública. Más bien, las asimetrías en este caso se referían a la mayor vulnerabilidad de la mujer frente a una publicidad indeseada e impertinente, y a la menor capacidad de la mujer para definir y defender su privacidad.

Estos temas aparecieron inicialmente cuando el público-en-general se enteró de una confrontación que se venía desarrollando a puerta cerrada durante varias semanas entre Hill y los miembros del Comité para lo Judicial, respecto al manejo que debía darse a las acusaciones en contra de Thomas. Nos enteramos de que los miembros del Comité se habían puesto en contacto con Hill y le habían pedido que corroborara un informe sobre el acoso sexual por parte de Thomas; que ella lo hizo, pero pidió que el asunto se llevara de manera que se protegiera su privacidad, manteniendo su identidad en secreto; que el Comité había cerrado el asunto después de una investigación muy sumaria, a pesar de que Hill, en varias ocasiones, pidió que la continuara, autorizando finalmente que se usara su nombre, y que el Comité había decidido no hacer público el asunto. No obstante, un reportero reveló la historia a la opinión pública.

En la primera rueda de prensa que concedió Hill después de haberse informado públicamente sobre sus cargos, hizo un gran énfasis en lo que llamó la falta de "control" sobre la ruta, el momento y la difusión de su información. Para entonces, ya se veía obligada a defenderse de dos cargos aparentemente contradictorios: en primer lugar, el no haber presentado oportunamente sus acusaciones al público, como presuntamente habría hecho cualquier persona de buena fe víctima de un acoso sexual; pero, en segundo lugar, se le acusaba de que, con la formulación de estas acusaciones,

buscaba publicidad y engrandecimiento. Hill quiso explicar sus acciones insistiendo, primero, en que el "control" de sus revelaciones "nunca dependió de ella" y, segundo, reconociendo que experimentaba una gran dificultad en reconciliar su necesidad de privacidad con su deber de revelar información para responder a la indagación del Comité³. Finalmente, nunca consiguió disolver por completo las dudas de muchos estadounidenses sobre estos puntos.

Por su parte, la decisión del Comité de no hacer públicos los cargos de acoso sexual formulados en contra de Thomas representó un esfuerzo por delimitar el alcance de la primera ronda de audiencias públicas en septiembre y por contener el debate público en torno a la nominación. Sin embargo, una vez que los cargos se hicieron públicos, el Comité perdió el control del proceso. Sus miembros se vieron involucrados en una confrontación pública con las feministas, quienes objetaban la privatización de un importante asunto de género y acusaban a los senadores de "sexismo" e "insensibilidad".

Esta confrontación de género recibió una amplia cobertura por parte de los medios, como contrapunto al discurso de indignación por la "filtración". Durante algún tiempo, los dos temas del "sexismo en el Senado" y de las "filtraciones" fueron los principales contrincantes en la batalla por la preeminencia en la interpretación de los acontecimientos, mientras se desarrollaba una controversia acerca de si debía postergarse o no la votación para la confirmación⁴. Desde luego, la votación fue postergada, y las feministas consiguieron ampliar el espacio de la esfera pública política oficial a nivel nacional, de manera que incluyera, por primera vez, el tema del acoso sexual.

Sin embargo, el lograr que un tema sea incluido en la agenda de la esfera pública no garantiza que se pueda controlar su discusión. Incluso mientras se decidía que la votación de la nominación de Thomas sería postergada y que se llevarían a cabo audiencias públicas sobre los cargos de acoso sexual, se inició una feroz competencia entre bastidores por controlar la forma del debate público sobre estos

3 "Excerpts of News Conference on Harassment Accusations against Thomas", *New York Times* (octubre 8 de 1991), p. A.20.

4 Maureen Dowd, "The Senate and Sexism", *New York Times* (octubre 8 de 1991), p. A.1.

asuntos. Mientras el debate público se centraba en la cuestión de la "insensibilidad" del Senado, los estrategas de la Casa Blanca trabajaban detrás de la escena para dar forma al enfoque de las audiencias y a la interpretación de los eventos.

El plan de la Administración para controlar el debate público y limitar el alcance de las audiencias tenía tres características cruciales. En primer lugar, la Casa Blanca pretendía hacer de las audiencias un asunto de "él dijo, ella dijo", impidiendo o marginando cualquier nuevo cargo por acoso sexual que pudieran presentar otras víctimas. En segundo lugar, pretendía excluir del debate cualquier interrogación acerca de lo que se definió como la vida privada de Thomas, incluyendo lo que el *New York Times* llamó "su bien documentado gusto por ver y discutir películas pornográficas cuando estuvo en la Facultad de Derecho de Yale"⁵. En tercer y último lugar, pretendía excluir el testimonio de expertos sobre la naturaleza del acoso sexual y las típicas respuestas de las víctimas, de manera que, en palabras de un médico de la Administración, de poca credibilidad, se "impida que esto se convierta en un referéndum sobre los 2.000 años de dominación masculina y acoso sexual"⁶.

Tomados conjuntamente, estas tres estrategias presentan a Thomas y a Hill en relaciones muy diferentes con lo privado y lo público. A Thomas se le permitió declarar ámbitos claves de su vida como "privados" y, por lo tanto, excluidos del debate. Hill, por el contrario, fue presentada como alguien cuyos motivos y carácter serían objeto de intenso escrutinio e intrusión especulativa, puesto que su credibilidad debía ser evaluada en un vacío conceptual. Cuando el Comité del Senado para lo Judicial adoptó estas reglas básicas para las audiencias, selló la diferencia estructural respecto a lo privado y a lo público que obró abrumadoramente a favor de Thomas y en desventaja de Hill.

5 Maureen Dowd, "Image more than Reality Became Issue, Losers Say", *New York Times* (octubre 16 de 1991), p. A.14. La prensa mayoritaria se refería con frecuencia al presunto hábito porno de Thomas. Véase Michael Wines, "Stark Conflict Marks Accounts Given by Thomas and Professor", *New York Times* (octubre 10 de 1991), p. A.18, donde se transcribe el testimonio de uno de los compañeros de Thomas en la Facultad de Derecho de Yale.

6 "Bush Emphasizes He Backs Thomas in Spite of Uproar", *New York Times* (octubre 10 de 1991), p. B.14.

Una vez establecidas estas reglas básicas, la Administración se dedicó a socavar a Hill. Buscó asegurarse, como predijo acertadamente el senador republicano Alan K. Simpson en un discurso en el Senado, de que "Anita Hill fuese lanzada directamente a las fauces de las fieras, precisamente lo que más deseaba evitar. Sería injuriada, destruida, despreciada, perseguida y acosada, acosada realmente, no acosada sexualmente".

Entre tanto, Thomas intentó definir y defender su privacidad. Ciertamente, sus intentos no dejaban de tener alguna ironía, dada su insistencia, en las audiencias rutinarias previas, en reemplazar con la historia de su vida personal —o al menos su versión de ella— la discusión de sus puntos de vista políticos, legales y constitucionales. Habiendo intentado inicialmente que su carácter privado se convirtiera en el tema público, casi resulta derrotado por el énfasis en su carácter cuando se hizo pública la acusación de Hill.

En la segunda ronda de audiencias, de carácter extraordinario, Thomas respondió a los cargos formulados por Hill tratando de definir lo que él pensaba que era o debería ser su vida privada. Se negó a aceptar preguntas que vulneraran su privacidad tal como la había definido. Y objetó "a los reporteros y grupos de interés [...] que buscan mugre" como algo kálfiano y poco propio de un norteamericano.

No estoy aquí... para exhibir mi vida privada por intereses lascivos o razones de otro tipo. No permitiré que este comité ni ninguna otra persona examine mi vida privada... No suministraré la cuerda que ha de servir para mi propio linchamiento o para ulteriores humillaciones. No entablaré discusiones ni me someteré a preguntas erráticas sobre lo que ocurre en las partes más íntimas de mi vida privada, o en el santuario de mi habitación. Estas son las partes más íntimas de mi privacidad y así han de permanecer, privadas⁷.

Thomas obtuvo relativo éxito en su intento por aplicar sus definiciones de lo público y lo privado. Sus interrogadores en

7 Alan K. Simpson, *Congressional Record-Senate*, 102d Cong., 1st sess., 1991, 137 pt. 143:14546.

8 Clarence Thomas, "Hearing of the Senate Judiciary Committee", octubre 11 de 1991, sesión de la mañana, en *Nexus library*, archivo FEDNEWS, Federal News Service.

el Comité aceptaron en general su definición de privacidad y sus preguntas no invadieron ese espacio tal como lo había definido. No inquirieron sobre su historia sexual ni sus fantasías y, de hecho, no se le preguntó por su práctica de ver y discutir películas pornográficas. La única vez que el senador demócrata Patrick Leahy, en la sesión del 12 de octubre de 1991, abordó este tema, Thomas eludió exitosamente la pregunta:

[Senador Leahy]: ¿Sostuvo usted alguna vez una discusión sobre películas pornográficas con... cualquier otra mujer [distinta a la profesora Hill]?

[Thomas]: Senador, no voy a adentrarme en ninguna de las discusiones que pueda tener sobre mi vida privada o mi vida sexual con personas ajenas a mi lugar de trabajo⁹.

La pregunta no fue proseguida. Luego, cuando el Senado confirmó la nominación de Thomas, los miembros demócratas del Comité para lo Judicial defendieron su posición de no contra-examinar fuertemente a Thomas, diciendo que él había construido un "muro" y se había negado a responder preguntas sobre su vida privada¹⁰.

De hecho, Thomas tuvo tanto éxito en defender su privacidad, que mientras el país entero especulaba sobre el carácter, los motivos y la psicología de Hill, no se dio una especulación comparable sobre él. Al parecer, nadie se preguntaba por el tipo de ansiedades y heridas que podrían conducir a un hombre negro, que todo lo había logrado con su propio esfuerzo y de muy pobre extracción, a acosar sexualmente a una subordinada femenina de análoga condición.

Hill intentó también definir y defender su privacidad, pero con mucho menos éxito que Thomas. Aunque procuró mantener la atención dirigida hacia su queja y la evidencia que la sustentaba, pronto el centro de atención principal fue su propio carácter. En el transcurso de la confrontación, se sugirió que Hill era lesbiana, que era una heterosexual eroto-maniaca, una esquizofrénica delirante, una fantasiosa, una mujer despreciada y vengativa, una perjuradora y una herra-

mienta maleable de los grupos de interés liberales. No sólo los asesinos a sueldo republicanos, los senadores Arlen Specter, Orrin Hatch y Alan Simpson, sino incluso muchas de sus compañeras de trabajo del Comité Federal para la Igualdad de Oportunidades de Empleo, la marcaron con muchos de los estereotipos sexistas clásicos: "estridentemente agresiva", "arrogante", "ambiciosa", "dura", "fuerte", "burlada", "obstinada". Tampoco los miembros demócratas del Comité lograron, o intentaron siquiera, limitar el espectro de la intromisión en su privacidad¹¹.

El poco éxito que tuvo Hill en su intento por trazar una línea entre lo público y lo privado evidencia que estas categorías están caracterizadas de acuerdo con el género y que su construcción refleja una asimetría o jerarquía de poder según las líneas de género. Tal asimetría se refleja también en el fenómeno del acoso sexual. Considérese la siguiente narración que hizo Hill como respuesta a las preguntas formuladas por el senador demócrata Howell Heflin, quien empezó por leer apartes de su discurso inicial:

Yo sentía que mi incomodidad frente a las discusiones [de Thomas, sobre pornografía] no hacían más que excitarme, como si mi reacción de incomodidad y vulnerabilidad fuera lo que él deseaba.

Como respuesta a la exigencia que le hizo Heflin de desarrollar más su posición, Hill replicó:

Era casi como si él quisiera ponerme en desventaja... de modo que yo tuviera que ceder a cualesquiera que fuesen sus deseos... que estuviera bajo su control. Creo que el hecho de que yo le dijera que no, fue lo que hizo que él quisiera hacerlo¹².

Tal como lo percibió Hill en aquel entonces, el comportamiento de Thomas fue una afirmación (o reafirmación) de su poder, dirigida tanto a compensarse a sí mismo como a castigarla a ella por su rechazo. Ella misma había carecido del poder suficiente para definir su interacción como profesional y no sexual. Él, por el contrario, había tenido el poder para

9 "Excerpts from Senate Hearings on the Thomas Nomination", *New York Times* (octubre 13 de 1991), p. A.30.

10 Citado en Maureen Dowd, "Image More than Reality Became Issue, Losers Say", *op. cit.*

11 Maureen Dowd, "Republicans Gain in Battle by Getting nasty Quickly", *New York Times* (octubre 15 de 1991), p. A.14.

12 "Excerpts from Senate's Hearings on the Thomas Nomination", *New York Times* (octubre 13 de 1991), p. A.30.

introducir lo que los liberales consideran como elementos sexuales y privados en la esfera pública del lugar de trabajo, contra sus deseos y por encima de sus objeciones.

Dada la diferencia de género en cuanto a la capacidad de definir y proteger la propia privacidad, podemos entender algunos de los problemas más profundos que estaban en juego cuando Thomas insistía en evitar la "humillación" de una "pesquisa pública" sobre su "privacidad". Esta insistencia puede entenderse en parte como una defensa de su masculinidad. El ser objeto de una investigación pública de la propia privacidad resulta afeminado.

La dificultad de las mujeres por definir y defender su privacidad también se demostró en una ausencia extremadamente importante de las audiencias: la de Angela Wright, quien no se presentó en el último momento, y era la segunda mujer negra que alegaba haber sido acosada sexualmente por Thomas. Su testimonio, que ya había sido programado, iba a ser confirmado por otra testigo, Rose Jordan, quien fuera su confidente en la época en que ocurrieron los hechos. Dado que la falta de credibilidad de Hill se racionalizaba con frecuencia afirmando que no existían otras afectadas, el hecho de que Wright no apareciera fue importante. Podríamos especular que si ella hubiese declarado y demostrado ser una testigo creíble, la tendencia de la confrontación habría cambiado de manera decisiva. ¿Por qué, entonces, desapareció repentinamente Angela Wright? Ambas partes tenían sus razones para mantener su historia en privado. Los que apoyaban a Thomas, temiendo que una segunda acusación le causaría daños enormes, amenazaron con desacreditar a Wright introduciendo información referente a su historia personal. Los que apoyaban a Hill, por su parte, pudieron haber temido que una mujer que según la prensa presentaba "una faceta más compleja que la de la profesora Hill"¹³ podría no tener credibilidad y debilitar asimismo la de Hill. Así, el silenciamiento de una demandante que carecía de la respetabilidad de Hill fue un factor crucial y posiblemente incluso decisivo en la dinámica y el resultado de la confrontación.

LA CONFRONTACIÓN EN TORNO A LA 'RAZA'

2º fase

Durante la primera fase del enfrentamiento, dominada por el tema de género, el asunto de la 'raza' apenas se discutió, a pesar de las repetidas, pero poco elaboradas, referencias al Senado como un cuerpo conformado exclusivamente por blancos¹⁴. Sin embargo, el relativo silencio en torno a la 'raza' estalló pronto cuando el propio Thomas lo abordó. Moviéndose ágilmente para ocupar un terreno discursivo vacante hasta el momento, él y sus seguidores lograron establecer casi un monopolio del discurso racial, lo que resultó desastroso para Hill.

Thomas declaró que las audiencias eran un "linchamiento de alta tecnología" diseñado para detener a los "negros presumidos que se dignan pensar por sí mismos"¹⁵. También se refirió en varias ocasiones a su indefensión frente a cargos que hacían el juego a estereotipos raciales, como que los hombres negros tienen penes grandes y una capacidad sexual poco común¹⁶. Es importante señalar aquí que, al combinar las referencias al linchamiento con las referencias a los estereotipos sobre las proezas sexuales de los hombres negros, Thomas mezcló hábilmente dos estereotipos que, a pesar de estar relacionados, no son idénticos en absoluto. El primero es el estereotipo del hombre negro como semental, altamente deseado por las mujeres y capaz de suministrarles un inmenso placer sexual. Fue esta la figura que surgió del testimonio de Hill, según el cual Thomas se ufana de su virtuosismo (hetero) sexual. El segundo estereotipo es el del hombre negro como violador, como un animal acosado por el deseo, cuya sexualidad es criminal y descontrolada. No había indicio alguno de este estereotipo en la declaración de Hill.

Es posible que a nivel inconsciente existan afinidades entre estos dos estereotipos pero, al menos en un aspecto cru-

14 Véase, por ejemplo, Anna Quindlen, "Listen to Us", *New York Times* (octubre 9 de 1991), p. A.25. Estas referencias hicieron invisibles a los hispanoamericanos y asiáticos-americanos en el Senado, evidenciándose de esta manera la tendencia cultural norteamericana a entender el asunto de la 'raza' como la oposición escueta entre lo blanco y lo negro.

15 "Thomas Rebuts Accuser: 'I Deny Each and Every Accusation'", *New York Times* (octubre 12 de 1991), p. A.1.

16 Véase Richard L. Berke, "Thomas Backers Attack Hill: Judge, Vowing He Won't Quit, Says He Is Victim of Race Stigma", *New York Times* (octubre 13 de 1991), p. A.1.

13 Peter Applebone, "Common Threads between the 2 Accusing Thomas of Sexual Improprieties", *New York Times* (octubre 12 de 1991), p. A.11.

...tome a la estrategia de despolitizar la violencia,
"desvincula los puntos de vista" y resalta al asesino a
sueldo la paternidad.

cial, son diferentes. Aunque ambos han sido acogidos por los racistas blancos, el primero mas no el segundo, ha sido acogido también por algunos hombres negros¹⁷. Si bien resulta inconcebible que Thomas hubiera elegido representar la personalidad del hombre negro como violador, no lo es que hubiera elegido el papel del semental negro. No obstante, al confundir estos dos estereotipos, Thomas pudo sugerir que la descripción que ofreció Hill de su comportamiento como el de un semental en potencia era equivalente a las invenciones sobre la criminalidad sexual y la violación de un racista blanco sureño. Esto resultó ser un golpe maestro de retórica. Los demócratas del Comité estaban demasado intimidados con el cargo de racismo formulado por Thomas como para refutar la lógica del nominado. Muchos líderes negros liberales al parecer fueron tomados por sorpresa y se vieron imposibilitados para responder efectivamente; se limitaron a negar que el tema de la 'raza' fuese pertinente en absoluto para el caso.

La prensa mayoritaria contribuyó a la confusión. El *New York Times*, por ejemplo, imprimió citas solemnes de la declaración del psicólogo de Harvard Alvin Poussaint sobre los efectos de las acusaciones de Hill sobre los hombres negros:

Los hombres negros sentirán que [sus acusaciones] refuerzan los estereotipos negativos que los representan como animales sexuales descontrolados... e incrementará su nivel de tensión y vulnerabilidad frente a los cargos de este tipo... Existe un alto nivel de ira entre los hombres negros... creen que las mujeres negras los traicionarán; que se prefiere a las mujeres negras por sobre ellos; que los hombres blancos querrán interponerlos entre ellos para usarlos. Los hombres negros sienten que los hombres blancos están usando a esta mujer negra para perjudicar a otros hombres negros¹⁸.

No tengo modo de saber si Poussaint estaba reportando con precisión los puntos de vista y los sentimientos de los

17 En una mesa redonda que tuvo lugar en un programa de televisión en Chicago, tres periodistas negros, Salim Muwakkil (*In These Times*), Ty Wansley (*WVON Radio*) y Don Wycliff (*Chicago Tribune*), estuvieron de acuerdo con la sugerencia del humorista político negro, Aaron Freeman (autor de la obra de teatro *Do The White Thing*), en el sentido de que muchos hombres negros comparten el estereotipo sexual del semental.

18 Alvin Poussaint, citado en Lena Williams, "Blacks Say the Blood Spilled in the Thomas Case Stains All", *New York Times* (octubre 14 de 1991), p. A.14.

hombres negros, ni en qué medida lo hacía. Es claro, sin embargo, que no se dio una discusión comparable en torno a los efectos del caso sobre las mujeres negras. Más aún, en ausencia de tal discusión, los temores que se atribuían a los hombres negros parecieron ganar legitimidad. No fueron contextualizados o debatidos desde ninguna otra perspectiva. El cubrimiento que hizo la prensa de las dimensiones raciales del enfrentamiento ignoró en general a las mujeres negras. Se centró principalmente en preguntas tales como si todos los hombres negros se verían afectados a los ojos de la población norteamericana blanca, y si otro hombre negro tendría la oportunidad de llegar a la Corte Suprema.

Una de las características más importantes de la toda confrontación fue la ausencia de un análisis feminista negro en las audiencias y en el debate principal dentro de la esfera pública. Ninguno de los que estaban en posición de ser escuchados en las audiencias o en los medios de comunicación masivos habló de la vulnerabilidad histórica de las mujeres negras frente al acoso sexual en los Estados Unidos, ni acerca del uso de estereotipos racistas-misóginos para justificar este abuso y para calumniar a las mujeres que protestan.

La única excepción fue Ellen Wells, una testigo que corroboró la versión de los hechos ofrecida por Hill, al declarar que Hill le había contado en aquella época que Thomas la estaba acosando. En su declaración, Wells explicó por qué, a pesar de todo, Hill siguió en contacto con Thomas:

Mi madre me lo dijo, y estoy segura de que la mamá de Anita se lo dijo a ella. Cuando partas, debes estar segura de dejar amigos, porque no sabes a quién vas a necesitar después. Y por eso, al menos debes ser cordial. Yo sé que recibo tarjetas de Navidad de personas que yo... sinceramente no quisiera [ver]. Y también respondo a sus tarjetas y a sus llamadas, a pesar de ser personas que me han insultado y que, en ocasiones, me han humillado. Pero son cosas que hay que soportar. Y siendo una mujer negra, sabes que debes soportar mucho. Por eso aprietas los dientes y lo haces¹⁹.

Sin embargo, la voz de Wells fue la excepción que confirmó la regla. En la esfera pública central estaba ausente el tipo de análisis feminista negro que podría haber corroborado

19 Ellen Wells, citada en "Questions to Those Who Corroborated Hill's Account", *New York Times* (octubre 14 de 1991), p. A.14.

do y contextualizado la experiencia de Hill. Como resultado de ello, a las mujeres afroamericanas se les pidió, en efecto, "elegir... entre protestar contra las humillaciones de que son objeto como mujeres, algunas veces por parte de hombres de su misma raza, o recordar que los hombres negros ya reciben bastantes golpes de parte del mundo blanco y callar"²⁰.

En otras palabras, no existía una perspectiva ampliamente difundida que integrara, de manera convincente, una crítica al acoso sexual y una crítica al racismo. El enfrentamiento está formulado o como uno de género, o como uno de 'raza'. Al parecer no podía ser ambas cosas al mismo tiempo.

El resultado fue que se volvió difícil ver a Anita Hill como una mujer negra. En efecto, se convirtió funcionalmente en blanca. Las referencias de Thomas al linchamiento, ciertamente tuvieron como efecto poner en duda su negritud. El cuento del linchamiento exige tener una mujer blanca como "víctima" y pretexto. Por lo que sé, nunca se ha linchado a un hombre negro por explotar sexualmente a una mujer negra. Por lo tanto, el cargo de Thomas llevaba implícita la idea de que Hill probablemente no fuera en realidad negra. Tal vez por ser una herramienta de los grupos de interés blancos. O tal vez por haber interiorizado la moralidad sexual puritana y reprimida de las feministas blancas de élite y haber confundido el estilo de cortejo afroamericano de clase baja con el abuso, idea propuesta por el sociólogo de Harvard Orlando Patterson, en un artículo de opinión publicado en el *New York Times*²¹. O tal vez, según la interpretación más ingeniosa, porque, al igual que Adela Quested, la protagonista blanca en *Un pasaje a la India*, de E.M. Forster, Hill era una solterona erotomaniaca que fantaseaba con ser abusada por un hombre de piel oscura, debido a sus experiencias sexuales de frustración y rechazo. Esta última interpretación al parecer se originó en el testimonio de John Duggert, quien declaró que Hill una vez había estado obsesionada con él, pero fue presentada de manera más efectiva —porque beneficiaba menos a sus proponentes— por el senador Orrin Hatch y otros seguidores de Thomas.

Cualquiera que fuese el escenario en el que se eligiera creer, el efecto neto era el mismo: Hill se convirtió, funcionalmente, en blanca. Por consiguiente, fue tratada de una manera muy diferente a como se habría tratado a Angela Wright si ella hubiera declarado. Es muy probable que Wright hubiera sido presentada como una Jezabel, en contraposición a la Adela Quested de Hill, en un extraño pastiche melodramático de papeles tradicionales y no tradicionales.

El "blanqueamiento" de Anita Hill, sin embargo, tuvo implicaciones mucho más amplias, pues presentó a las mujeres que buscaban defenderse del abuso por parte de hombres negros, como traidoras y enemigas de la 'raza'. Por esta razón, cuando la confrontación se presentó exclusivamente como un conflicto racial, el único protagonista negro fue el hombre negro, erigido como representante de la totalidad de la "raza", y la mujer negra desapareció del panorama.

La dinámica del acto de borrar a la mujer negra durante las audiencias no pasó desapercibida para las feministas negras. En el calor de la lucha, se organizó un grupo llamado "Mujeres afroamericanas en defensa de nosotras mismas" (African American Women in Defense of Ourselves), que buscaba superar este bloqueo. Aunque el grupo desarrolló un análisis bastante sofisticado, fue incapaz de atraer la cobertura de los medios. Con el tiempo, después de haber conseguido fondos suficientes para adquirir el espacio, publicó una declaración en el *New York Times*, el 17 de noviembre de 1991, un mes entero después de que Thomas fuera confirmado. Aunque apareció demasiado tarde como para afectar el curso de los acontecimientos, vale la pena citarla con cierta extensión:

De manera equivocada, muchos han presentado las acusaciones formuladas contra Clarence Thomas como un asunto ya sea de género o raza. Como mujeres de ascendencia africana, entendemos el acoso sexual como algo que los concierne a ambos. Entendemos, además, que Clarence Thomas ha manipulado de manera escandalosa el legado del linchamiento para protegerse de las acusaciones de Anita Hill. Para distraer la atención de la realidad del abuso sexual en la vida de las mujeres afroamericanas, representó de una manera trivial y equivocada este doloroso capítulo de la historia del pueblo afroamericano. Este país, con un largo legado de racismo y sexismo, nunca ha tomado en serio el abuso sexual de las mujeres negras. A través de la historia de los

20 Anna Quindlen, "The Perfect Victim", *New York Times* (octubre 16 de 1991), p. A.16.

21 Véase Orlando Patterson, "Race, Gender, and Liberal Fallacies", *New York Times* (octubre 20 de 1991), p. E.15.

Estados Unidos, las mujeres negras han sido estereotipadas sexualmente como inmorales, insaciables, perversas; como las iniciadoras de todo tipo de contacto sexual —bien sea abusivo o de otro tipo. El supuesto común en los procedimientos judiciales y en la sociedad en general, es que las mujeres negras no pueden ser violadas o de alguna forma sexualmente abusadas. Como lo demuestra la experiencia de Anita Hill, no es probable que se crea a las mujeres negras que hablan de estos temas.

En 1991, no podemos tolerar que se ignore de esta manera la experiencia de cualquier mujer negra, ni este ataque a nuestro carácter colectivo, sin protestar, escandalizarnos y oponernos... Nadie distinto de nosotras mismas hablará en favor nuestro²².

Lo que resulta tan importante en esta declaración es el rechazo de la idea, sostenida por muchos seguidores de Hill, de que la 'raza' carece por completo de pertinencia para este enfrentamiento, con excepción de la manipulación que Thomas hizo del tema. La declaración, por el contrario, afirma implícitamente que las categorías de privacidad y publicidad no sólo están determinadas por el género, sino también por la 'raza'. Históricamente, a los afroamericanos se les ha negado la privacidad en el sentido de vida doméstica. Como resultado de esto, las mujeres negras han sido altamente vulnerables al acoso sexual de sus amos, capataces, jefes y supervisores. Al mismo tiempo, no han tenido una posición pública que les permitiera reclamar la protección del Estado contra el abuso, ya sea que lo sufran en sus hogares o en el trabajo. Los hombres negros, por su parte, no han tenido los derechos y prerrogativas de que gozan los hombres blancos, entre ellos el derecho a excluir a los hombres negros de "sus" mujeres y el derecho a excluir al Estado de su esfera "privada".

Tal vez valga la pena entonces explorar la hipótesis de que, al presentar su caso frente al tribunal blanco, Thomas intentaba reclamar los mismos derechos e inmunidades de la masculinidad de que han gozado históricamente los hombres blancos, especialmente el derecho permanente a cazar mujeres negras. O quizás no estaba reclamando exactamente los mismos derechos e inmunidades de que goza el hombre blanco. Tal vez no quería detentar estos privilegios frente a todas las mujeres. Después de todo, ninguna mujer blanca

allegó haber sido acosada sexualmente por él. ¿Se deberá a que en realidad nunca acosó a una mujer blanca, aunque se casó con una? De ser así ¿lo hizo porque se sintió con menos derechos en sus interacciones con sus subordinadas blancas en el trabajo? Y, de ser así, tal vez sus referencias al linchamiento no fueron *meramente* una cortina de humo, como lo supusieron muchos liberales y feministas. Quizás eran también huellas de la racialización de su masculinidad. En cualquier caso, necesitamos más trabajos que elaboren una teoría del subtexto racial de las categorías de lo privado y lo público, y de su intersección con el subtexto de género²³.

¿UN CONFLICTO DE CLASE?

El acoso sexual no es sólo una cuestión de dominación de género y racial, sino también de clase y posición social. La escena del acoso es el lugar de trabajo o la institución educativa. Los protagonistas son los superiores, jefes, supervisores o profesores, por un lado, y los subordinados, empleados o estudiantes, por el otro. El efecto de la práctica es preservar el control social o de clase que los primeros ejercen sobre los segundos²⁴. El acoso sexual, por lo tanto, suscita los temas clásicos del poder de los trabajadores en el lugar de trabajo y de los estudiantes en la escuela. Debería ser uno

23 Se dio un buen comienzo con dos artículos importantes, aparecidos poco después de finalizar la confrontación. Véase Neil Irvin Painter, "Who Was Lynched?", *Notion* (noviembre 11 de 1991), p. 577, y Rosemary L. Bray, "Taking Sides Against Ourselves", *New York Times Magazine* (noviembre 17 de 1991), pp. 56, 94-95, 101. Al año siguiente apareció una *antología revolucionaria*. Véase Toni Morrison, comp., *Race-ing Justice, Engendering Power: Essays on Anita Hill, Clarence Thomas, and the Construction of Social Reality*, Nueva York, Pantheon Books, 1992.

24 Adicionalmente, existe otra variedad de acoso sexual, en el cual los compañeros de trabajo masculinos acosan a sus compañeras mujeres, a pesar de no encontrarse ellas formalmente bajo su autoridad. Este tipo de acoso es frecuente cuando un reducido número de mujeres ingresa en ocupaciones dominadas fuertemente por los hombres y masculinizadas, tales como las de la construcción, la lucha contra incendios y el servicio militar. En estos campos, las mujeres son a menudo víctimas del acoso de sus compañeros, quienes técnicamente son sus iguales en la jerarquía ocupacional —en la forma, por ejemplo, del despliegue de pornografía en el lugar de trabajo, instrucciones sexuales, falta de cooperación o sabotaje, e incluso orinar frente a ellas. Este acoso sexual de tipo "horizontal" difiere significativamente del "vertical", al que se hace referencia en este artículo, el cual involucra el acoso de un subordinado por parte de su superior jerárquico. El acoso "horizontal" amerita un análisis diferente.

22 "African American Women in Defense of Ourselves", anuncio comercial, *New York Times* (noviembre 17 de 1991), p. A.19.

de los principales temas de la agenda de todo sindicato, organización laboral y asociación estudiantil.

No obstante, las dimensiones de clase y posición social del enfrentamiento en torno a la confirmación de Thomas, no fueron nunca consideradas en los debates de la esfera pública. Ningún sindicalista, como tampoco ningún representante de los trabajadores o de los estudiantes, declaró en las audiencias. Ninguno publicó un artículo de opinión en el *New York Times*. En general, nadie que estuviera en condiciones de ser ampliamente escuchado articuló un apoyo en favor de Hill basado en la solidaridad de clase o de posición social. Nadie puso en primer plano los acentos de clase para agrupar a los estudiantes y trabajadores en torno a su causa.

La ausencia de un discurso de conflicto de clases en los Estados Unidos no es una sorpresa. Quizá lo que resulta sorprendente es que, en la fase final del enfrentamiento, se hubiera desplegado un contra-discurso de resentimiento de clase para conseguir adhesiones a la causa de Thomas. La víspera de la votación del Senado sobre la confirmación de Thomas, el *New York Times* publicó un artículo de opinión de alguien que pretendía ser un amigo de trabajo. Peggy Noonan, quien había escrito discursos para los presidentes Reagan y Bush, predijo la victoria de Thomas, basándose en la "división de clases" entre las "clases parlanchinas" que apoyaban a Hill y los "humanos normales", que creían a Thomas. Comentó también esta división como una división entre "las personas inteligentes que hablan en voz alta en los restaurantes y quienes se limitan a indicarle su mesa":

Podía notarse en los testigos. Por Anita Hill estaba Susan Hoerner, profesional, perteneciente al movimiento-y, intelectual, quien habló con sinceridad, y sin ser el títere de nadie, de los desequilibrios de poder inherentes a los lugares de trabajo. Por Clarence Thomas estaba J.C. Álvarez, sincera y directa, quien en alguna ocasión interrumpió un asalto callejero porque le desagradan los maleantes, y que pagó US\$900 [...] no tiene que llegar allí porque todavía los odia... La señorita Álvarez era la voz de la Norteamérica real, en contraposición a la abstracta: es el tipo de persona que de haber sido abusada sexualmente por su jefe, lo habría golpeado en las pelotas y lo habría arrastrado directamente ante un tribunal²⁵.

Noonan se dirigió a los trabajadores "realmente norteamericanos" (rudos y machos, a pesar de usar delineador), pidiéndoles que opusieran resistencia frente a los intelectuales afeminados (aunque sin maquillaje) que los representan y fingen preocupación por sus intereses, pero cuyo carácter de norteamericanos resulta sospechoso (atisbos de comunismo). En el escenario aparecen, pues, como opositores, la "verdadera trabajadora" J.C. Álvarez y la "intelectual" Susan Hoerner. Pero en realidad, aquí Álvarez representaba a Thomas, el jefe, mientras que la subordinada maltratada, Hill, desaparece del todo. Además, al describir a la "trabajadora" como un macho con maquillaje, Noonan al mismo tiempo actualizó y dio continuidad a los estereotipos masculinistas. El resultado fue que se volviera difícil ver a la mayoría de las mujeres, que no castigan el acoso sexual con una patada en los genitales, como trabajadoras.

La retórica de Noonan movilizó el resentimiento de clase para apoyar a Thomas, haciendo desaparecer a la Hill trabajadora. Orlando Patterson, tuvo una aproximación similar al problema en su carta publicada en el *New York Times*, que apareció la semana siguiente, bajo la forma de una autopsia analítica. Aunque Patterson reconoce el origen humilde de Hill, la trata como si fuera un instrumento de fuerzas "elitistas". Según el escenario que propone, Hill no sólo es una herramienta de los blancos y las feministas, sino de las feministas blancas de élite, de clase alta, empeñadas en imponer una moralidad sexual específica de clase a los trabajadores pobres que se rigen por normas diferentes, menos represivas. En efecto, se apela a los trabajadores para que defiendan su cultura de clase... aliándose con el jefe en contra de su asistente²⁶.

Tanto Noonan como Patterson consiguieron efectivamente convertir a Hill en una burguesa, así como Thomas la había blanqueado antes. Al final del asunto, sus orígenes de clase pobre rural, sobre los que había hecho énfasis en su discurso de apertura ante el Comité, se habían difuminado tanto en razón de la retórica del resentimiento de clase que, para muchos, ella no era más que otra *yuppie*. De nuevo, era Thomas quien había allanado el camino. Desde los inicios, incluso antes de que se publicara la información sobre el

25 Peggy Noonan, "A Bum Ride", *New York Times* (noviembre 15 de 1991), p. A.15.

26 Orlando Patterson, "Race, Gender, and Liberal Fallacies", op. cit.

acoso sexual, había reclamado para sí el discurso de los orígenes pobres. Y, así como en el caso de la 'raza', aquí preservó también un monopolio casi total.

La "lucha de clases", en este caso, consistió básicamente en la manipulación de los significantes de clase para movilizar el resentimiento en favor de la Administración. Pero, ¿no era pertinente la clase en ningún otro sentido? ¿No incidió la diferencia de clases en el modo en que los estadounidenses percibieron los eventos y en la manera como eligieron sus bandos?

Algunos informes de prensa que siguieron de cerca el proceso de confirmación de Thomas presentaron a las mujeres blancas de la clase trabajadora y a las mujeres de color de todas las clases como opositoras de Hill. En un artículo titulado "Las mujeres ven la audiencia desde la perspectiva de sus propios empleos", publicado por el *New York Times*, por ejemplo, se informó que las mujeres de cuello azul la rechazaron por su manera suave de hablar y su incapacidad para cuidar de sí misma. En la historia se contrasta esta perspectiva de "cuello azul" con la perspectiva de las mujeres "abogadas, profesionales en servicios humanos y políticas", que manifestaban fuertes simpatías por Hill y creían en ella²⁷. A pesar del título del artículo, el *Times* no consideró la posibilidad de que estas presuntas diferencias de clase pudieran estar arraigadas en las estructuras laborales diferenciadas según la clase. Podría ser el caso que, por ejemplo, las personas de la clase trabajadora que pensaban que Hill sencillamente había debido rechazar a Thomas, renunciar y encontrar otro empleo, no conocían las estructuras de las carreras profesionales, que exigen el cultivo de la propia reputación dentro de la profesión, mediante el trabajo en equipo y el mantener relaciones a largo plazo.

El tema de clase afectó la confrontación en otro sentido, pero esto se mantuvo implícito y no se habló abiertamente de ello. Las encuestas que se realizaron la última noche de las audiencias mostraron que la afiliación partidista era el factor estadísticamente más significativo para diferenciar a los seguidores de Thomas de los de Hill²⁸. Esto sugiere que

gran parte de lo que estaba en juego en los enfrentamientos por la confirmación de este y otros republicanos nominados a la Corte Suprema, Robert Bork por ejemplo, era la continuidad —o interrupción— de la agenda Reagan-Bush, entendida en un sentido amplio. Por un momento, el asunto del acoso sexual se convirtió en el punto de condensación donde confluyeron una multitud de ansiedades, resentimientos y esperanzas, sobre quién obtiene qué y quién merece qué en los Estados Unidos. En nuestra cultura política actual, esas ansiedades, resentimientos y esperanzas se articulan a menudo en los discursos de género y 'raza', aunque también, necesariamente, se refieren a la posición social y a la clase. A pesar de Noonan y Patterson, el tema de la clase sigue siendo el gran secreto inarticulado de los Estados Unidos. Como tal, sigue siendo muy susceptible de manipulación y abuso.

LA MORALEJA DEL CUENTO

El extraordinario enfrentamiento que se dio en torno a la nominación de Clarence Thomas demostró la importancia que sigue teniendo la esfera pública frente al poder estatal. No obstante, demostró también la necesidad de revisar la concepción liberal habitual de la esfera pública, según la cual las categorías de lo público y lo privado serían autogvidentes. Este enfrentamiento mostró, por el contrario, que dichas categorías son multivalentes y controvertidas. No todas las interpretaciones de estos términos promueven la democracia. Las construcciones de la supremacía masculina, por ejemplo, sacralizan la jerarquía de género al privatizar prácticas de dominación como el acoso sexual. Refuerzan el derecho privado de los hombres a acosar a las mujeres impunemente, en parte, mediante la difamación pública de cualquier mujer que se atreva a protestar. Como bien lo entendió Alan Simpson a las mujeres efectivamente se les pide que elijan entre el abuso silencioso en privado y el abuso discursivo y ruidoso en público.

Sin embargo, el carácter de género de las categorías de publicidad y privacidad no puede entenderse actualmente en términos de la ideología victoriana de las esferas separadas, como lo han asumido algunas feministas. No es el caso ahora, y nunca lo ha sido, que las mujeres fueran sencillamente

27 Felicity Barringer, "Women See Hearing from a Perspective of Their Own Jobs", *New York Times*, Midwest ed. (octubre 18 de 1991), p. A.1.

28 Véase Elizabeth Kolbert, "Most in National Survey Say Judge is the More Believable", *New York Times* (octubre 15 de 1991), pp. A.1, A.20.

excluidas de la vida pública; tampoco que la esfera privada sea de las mujeres y la pública de los hombres; tampoco que el proyecto feminista haya de destruir las fronteras que separan lo público de lo privado. El análisis feminista, más bien, muestra el carácter político, ideológico, codificado en género, que tienen tales categorías. Y el proyecto feminista se propone, en parte, superar la jerarquía de géneros que confiere a los hombres mayor poder que a las mujeres para trazar la línea entre lo público y lo privado.

No obstante, aun la perspectiva más compleja es excesivamente simple, porque las categorías de lo público y lo privado tienen también una dimensión étnico-racial. El legado de la esclavitud y del racismo en los Estados Unidos ha negado a las mujeres negras incluso la mínima protección contra el abuso que las mujeres blancas han logrado exigir ocasionalmente, aun cuando su posición económica desventajosa las ha hecho más vulnerables al acoso sexual. Este mismo legado le ha negado al hombre negro los derechos a la privacidad que concede al hombre blanco; y, en ocasiones, ha intentado reclamar estos derechos de maneras que ponen en peligro a las mujeres negras. Lo anterior sugiere que es necesario desarrollar un proyecto antirracista cuyo éxito no se logre a expensas de las mujeres negras, que ataque simultáneamente la jerarquía racial y la de género implícitas en las comprensiones hegemónicas de lo público y lo privado.

El reconocer las maneras en que las categorías de lo público y lo privado se han codificado según el género y la 'raza' pone en evidencia algunas de las deficiencias de la teoría liberal sobre la esfera pública. Al menos es claro que no resulta adecuado analizar estas categorías exclusivamente como puntos de apoyo o de desafío al poder estatal. Más bien, es preciso entender también las maneras en las que la privatización discursiva apoya el poder "privado" de los jefes sobre los trabajadores, de los esposos sobre las esposas, de los blancos sobre los negros. Lo público no es entonces únicamente un arma contra la tiranía estatal, como suponían los burgueses que lo propusieron y sus partidarios actuales en Europa del Este. Es también un arma potencial en contra del poder extra-estatal del capital, los patronos, los supervisores, los esposos y los padres, entre otros. No hay una prueba más dramática del aspecto emancipatorio de lo público en relación con el poder privado, que la manera como

estos acontecimientos capacitaron transitoriamente a muchas mujeres para hablar abiertamente, por primera vez, de humillaciones sufridas en privado hasta entonces a causa del acoso sexual.

No obstante, no es correcto considerar lo público como un instrumento que siempre y sin ambigüedad confiere poder y emancipa. Para los miembros de los grupos subordinados, siempre será cuestión de equilibrar los usos políticos potenciales de la publicidad con los peligros de la pérdida de privacidad.

Estos acontecimientos muestran también que incluso los usos emancipatorios de lo público no pueden entenderse sencillamente en términos de hacer público algo que antes era privado. Demuestran que el mero hecho de hacer pública una acción o una práctica no siempre basta para desacreditarla. Esto sólo ocurre cuando la idea de que la práctica es incorrecta ha sido ampliamente sostenida y no es controvertida. Por el contrario, cuando la práctica es ampliamente aceptada o rechazada, la publicidad implica entablar una lucha discursiva en torno a su interpretación. Ciertamente una característica clave de la confrontación entre Thomas y Hill fue el enfrentamiento más amplio que se originó en torno al significado y condición moral del acoso sexual.

Adicionalmente, la manera como se desarrolló el conflicto reflejó el estado de la cultura política norteamericana del momento. El drama se desenvolvió en un punto en que el vocabulario feminista para designar e interpretar el comportamiento atribuido a Thomas ya había sido creado en la esfera del contra-público feminista y se había difundido a un público más amplio. Ese vocabulario no sólo estaba disponible y a mano, sino que incluso estaba inscrito en la ley. No obstante, la interpretación feminista del acoso sexual no estaba profundamente arraigada en la cultura, ni era ampliamente comprendida y aceptada por el público en general. Por consiguiente, fue controvertida y rechazada en el transcurso de estos dramáticos acontecimientos, a pesar de su posición oficial legal. De hecho, fue precisamente la disyunción entre la aceptación oficial legal de la interpretación femenina, por un lado, y la ampliamente difundida oposición popular a ella, por el otro, lo que contribuyó a determinar la forma del enfrentamiento. Gran parte de la falta de confianza en Hill bien

pudo haber sido un rechazo disfrazado de la perspectiva feminista del acoso sexual como un mal, rechazo que no podría haber sido expresado con facilidad de manera abierta y se desplazó para tomar la forma de dudas sobre Hill. Más aún, dado que la comprensión feminista fue legitimada legalmente antes de haber obtenido una legitimidad popular amplia, podía convertirse en un blanco para expresar resentimientos de clase, étnicos y raciales. En otras palabras, aun cuando no es cierto que la perspectiva feminista sea elitista, blanca, de clase alta y demás, era susceptible de ser clasificada como tal. Por esta razón, quienes abrigaban cualquier tipo de resentimiento de clase, étnico o racial, así como quienes abrigaban resentimientos de género, podían expresarlos no creyendo en Hill²⁹. Y esto pudo haber inclinado la balanza a favor de Thomas.

Desde luego, la victoria de Thomas no terminó con la lucha sobre el acoso sexual en la esfera pública. Se limitó a agudizar y a ampliar la batalla de interpretaciones. Hay fundamentos para pensar que las audiencias para la confirmación funcionaron realmente como un curso a nivel nacional. Las encuestas realizadas un año después de la confirmación de Thomas mostraron un descenso radical en el porcentaje de encuestados que creían en él y un aumento correspondiente en quienes creían en Hill. Esos resultados sugieren que se dio un auténtico proceso de aprendizaje. Sin embargo, al mismo tiempo, el surgimiento del acoso sexual como tema de la esfera pública estimuló a los antifeministas a desarrollar argumentos e interpretaciones en su contra. En el periodo que siguió a esta confrontación, intentaron reformular el problema como un asunto relacionado con la libertad de expresión, presentando a las mujeres que se oponen al acoso como si vulneraran los derechos de los hombres consignados en la Primera Enmienda³⁰.

Si bien un resultado del enfrentamiento fue un aumento

29 Quizás esto ayude a explicar el hecho de otra manera sorprendente, revelado por las encuestas, de que gran parte de quienes afirmaron creer a Hill estaban a favor de la confirmación de Thomas, ya fuera porque minimizaban la gravedad de sus acusaciones, o por juzgarla muy pudorosa, o porque insistían en que ella debería de haber controlado la situación por sí misma, diciéndole sencillamente a él hasta dónde debía llegar.

30 Véase Catherine MacKinnon, *Only Words*, Cambridge, Harvard University Press, 1995.

en el nivel de conciencia y una mayor controversia en relación con el acoso sexual, otro fue la ruptura del mito de las "comunidades" homogéneas. "La comunidad negra", por ejemplo, se encuentra ahora fragmentada en feministas negros enfrentados a conservadores negros, enfrentados a su vez a liberales negros, enfrentados a otras corrientes de opinión a las que no es posible rotular ideológicamente con tanta facilidad. La misma fragmentación se dio en "la comunidad de las mujeres". La confrontación mostró que las mujeres no necesariamente están de parte de las mujeres sólo por ser mujeres. Más bien, por lo que indican las encuestas realizadas al terminar las audiencias (que quizá no sea mucho), mujeres de todas las edades, ingresos y educación, afirmaron que Thomas era más creíble que Hill³¹. Estos acontecimientos debieran llevarnos tal vez a sustituir la categoría ideológica y homogeneizante de "comunidad" con la categoría potencialmente más crítica de "público" en el sentido de un espacio discursivo para plantear los conflictos.

Este último punto sugiere que si bien estos acontecimientos exponen algunas de las debilidades de la teoría liberal clásica de la esfera pública, apuntan también en dirección a una teoría mejor. Dicha teoría debería tomar como punto de partida el carácter multivalente y conflictivo de las categorías de público y privado, con sus subtextos raciales y de género. Tendría que reconocer que, en las sociedades altamente estratificadas del capitalismo tardío, no todos detentan la misma posición frente a la privacidad y la publicidad; algunos tienen más poder que otros para trazar y defender la línea que las separa. Adicionalmente, una teoría adecuada de la esfera pública debería teorizar tanto sobre la multiplicidad de esferas públicas en las sociedades del capitalismo tardío, como sobre las relaciones entre ellas. Sería preciso distinguir, por ejemplo, entre las esferas públicas gubernamentales oficiales, las esferas públicas de los centros de poder mediatizadas por los medios de comunicación, las esferas contra-públicas y las esferas públicas informales de la vida cotidiana. Tendría que mostrar asimismo la manera como algunos de estos públicos margi-

31 Véase el *New York Times* [octubre 15 de 1991], pp. A.1, A.10.

nan a otros. Una teoría semejante ciertamente nos ayudaría a comprender mejor las confrontaciones discursivas como la de Thomas contra Hill. Quizá pueda ayudarnos también a imaginar una sociedad más igualitaria y democrática, y a luchar por conseguirla³².

UNA GENEALOGÍA DE LA 'DEPENDENCIA' Rastreado una palabra clave del Estado benefactor en los Estados Unidos

En colaboración con Linda Gordon

"Dependencia" se ha convertido en una palabra clave de la política norteamericana¹. Políticos de diversas tendencias critican a menudo lo que llaman la 'dependencia del bienestar'. El magistrado de la Corte Suprema de los Estados Unidos, Clarence Thomas, habló en nombre de muchos conservadores, cuando en 1980 se refirió despectivamente a su hermana en los siguientes términos: "Ella se enoja cuando el cartero se retrasa en la entrega de su cheque del bienestar. Así es de dependiente. Lo peor es que ahora sus hijos sienten que tienen derecho también a recibir el cheque y no tienen ninguna motivación para mejorar o salir de esa situación"². En general, los liberales culpan menos a la víctima, pero censuran igualmente la dependencia del bienestar. El

- 1 Nancy Fraser agradece el apoyo recibido para la investigación de parte del Centre for Urban Affairs, Northwestern University; Newberry Library; National Endowment for the Humanities y del American Council of Learned Societies. Linda Gordon da las gracias a la Facultad de Posgrados de la University of Wisconsin, al Vilas Trust y al Institute for Research on Poverty. Ambas le estamos agradecidas al Rockefeller Research and Study Centre, Bellagio, Italia. Agradecemos también los provechosos comentarios de Lisa Brush, Robert Entman, Joel Handler, Dirk Hartog, Barbara Hobson, Allen Hunter, Eva Kit-tay, Felicia Kornbluh, Jenny Mansbridge, Linda Nicholson, Erik Wright, Eli Zaretsky y de los correctores y editores de la revista Signs.
- 2 Clarence Thomas, citado por Karen Tumulty, "Sister of High Court Nominee Traveled Different Road", *Los Angeles Times* (julio 5 de 1991), p. A.4.

32 Un intento de desarrollar este tipo de teoría puede encontrarse en mi artículo "Pensando de nuevo la esfera pública: una contribución a la crítica de las democracias actuales", incluido en este volumen.